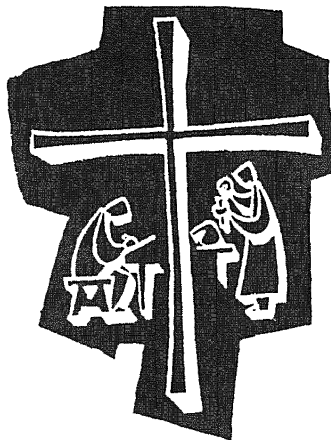


LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Ignacio Ellacuría



1. LO ESPIRITUAL Y LO MATERIAL: DOS DIMENSIONES DEL HOMBRE

Una correcta pastoral de la espiritualidad debe partir del supuesto de que "lo espiritual" no es sino una dimensión del hombre individual y socialmente considerado, así como del cristiano personal e institucionalmente entendido. Esta dimensión no tiene una autonomía absoluta, como pretenden los espiritualistas, de modo que pueda y deba ser cultivada con absoluta independencia y separación de otras dimensiones del hombre, pero tampoco ser reducida a una especie de reflejo cuasi-mecánico de determinadas condiciones materiales, como pretenden los materialistas. Tiene su autonomía, pero sólo una autonomía relativa que necesita ser sustentada por condiciones "no espirituales", en las que además debe encarnarse y expresarse necesariamente y a las que a su vez debe iluminar y transformar. Dicho en otros términos, una correcta pastoral de la espiritualidad debe evitar tanto perspectivas dualistas como monistas y debe enmarcarse en perspectivas estructurales, más o menos dialécticas según los casos, de modo que una dimensión no sea lo que es, sino siendo co-determinante de la otra y co-determinada por ella. Cada dimensión sería siempre dimensión de todas las demás y orientada a constituir un todo, del que recibe su plena realidad y su sentido.

El presente artículo representa el desarrollo del concepto **Espiritualidad**, con que el autor colabora en la reciente publicación de Ediciones Cristiandad: **Conceptos Fundamentales de Pastoral**, Madrid 1983.

Así lo espiritual y lo material, lo individual y lo social, lo personal y lo estructural, lo trascendente y lo immanente, lo cristiano y lo humano, lo sobrenatural y lo natural, la conversión y la transformación, la contemplación y la acción, el trabajo y la oración, la fe y la justicia, etc...no se identifican entre sí de tal modo que cultivando uno de los extremos se cultiva **ipso facto** el otro, que no sería sino su reflejo o añadidura accidental; pero tampoco se separan de tal modo que puedan cultivarse sin una intrínseca, esencial y eficaz determinación mutua. Cualesquiera separaciones puedan hacerse en abstracto, en la realidad histórica concreta tal como ha sido hecha por Dios, esas dimensiones se dan en unidad y en mutua dependencia.

Esta unidad diferenciada no es fácil de mantener ni en la relativa y debida autonomía de las distintas dimensiones ni en su proporcionada y adecuada conexión, porque no cualquier espiritualidad puede corresponder a determinadas condiciones ni cualquier condición histórica es unificable a determinadas formas de espiritualidad. Se requiere, en consecuencia, un permanente, alerta y comprometido discernimiento de los cambiantes signos de los tiempos y de las determinadas prácticas históricas, que sean realmente una respuesta adecuada.

II. HACIA UNA RECTA COMPRENSION DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Hombres espirituales, desde el punto de vista cristiano, son aquellos que están llenos del Espíritu de Cristo y lo están de una manera viva y constatable, puesto que la fuerza y vida de ese Espíritu invade toda su persona y toda su acción.

1. El Espíritu en la Biblia

a) En el AT el **Pneuma** de Dios era su fuerza creadora y salvadora que actuaba tanto en el ordenamiento del universo natural como en la marcha de la historia, apoderándose de modo especial de algunos hombres singulares. El Espíritu de Dios se hacía presente históricamente y era más evidente esta presencia del Espíritu, esta su eficacia viva, esta espiritualidad, que la existencia misma del Espíritu Santo como una persona de la Trinidad. La promesa del Espíritu era la promesa de unos corazones nuevos, de un pueblo nuevo, de una tierra nueva, de modo que se llegará a saber del Espíritu porque la tierra se

verá llena de esta espiritualidad histórica, palpable, transformadora que no puede ya atribuirse al hombre pecador sino al Dios salvador.

b) En el NT sabemos más del Espíritu porque se ha hecho más intensa su presencia sobre todo en Jesús, pero también en la comunidad primitiva, que se constituye y se distingue como comunidad nueva precisamente por la riqueza y plenitud del Espíritu comunicado y recibido. Podemos incluso afirmar la pertenencia del Espíritu Santo al misterio trinitario, no tanto por una revelación directa de la Trinidad sino por la resurrección de Jesús y por el envío que él nos ha hecho de su Espíritu. Suceden en la nueva comunidad hechos reales y palpables que obligan a cambiar incluso el prejuicio unitarista en la concepción de Dios; se descubre la realidad compleja de la vida divina y de su estructura personal por la nueva espiritualidad, que invadió a Jesús y se manifestó en él y que por su mediación y a través de él empiezan a recibir sus seguidores.

c) Esto nos indica que la espiritualidad cristiana no puede entenderse primariamente como un conjunto de prácticas espirituales (oración, ejercicios ascéticos, reglas y normas de comportamiento, etc.), sino como algo tan nuevo y tan inesperado, tan vigoroso y transformador, que lleve a la afirmación de que Dios se está haciendo presente de una manera singular entre los hombres. Es cierto que esta espiritualidad no se explica sin la presencia operativa del Espíritu, que no es sin más un Espíritu abstracto sino el Espíritu de Cristo, que nos lleva al Espíritu de Dios. Pero este Espíritu no es percibido ni creído realmente sino desde una espiritualidad viva, desde lo que es su presencia operativa en la corazón del hombre, en la comunidad cristiana y aun en la institucionalidad de la Iglesia y la marcha de la historia. Son las palabras y los hechos nuevos, los comportamientos inesperados y anormales, los que levantan la pregunta de quién los impulsa y cómo es que los inspira.

No son, sin embargo, dos Espíritus distintos el Espíritu Santo y el Espíritu de Cristo, aunque su presentación en el NT tenga características distintas y permita y aun exija hacer distinciones y diferencias importantes. Para un propósito pastoral lo importante es subrayar que el Espíritu de Cristo, que es inicialmente el Espíritu del Jesús histórico, es el que nos lleva al conocimiento y posesión del Espíritu Santo en su momento intratrinitario. Así el Espíritu Santo como Espíritu de Cristo es

el que nos abre el camino creador de la historia al enseñarnos con su presencia viva lo que no está prefijado ni por la letra ni por la ley, lo que todavía no está acabado en la misión redentora y salvadora de Jesús, es el que hace nuevas todas las cosas, el que empuja hacia nuevos cielos y nueva tierra, el que ordena el caos de la historia como el Espíritu de Dios ordenó el caos de la naturaleza inicial. Vivificados por este Espíritu de Cristo, que Jesús nos mereció y envió, es como quedamos introducidos en la propia vida trinitaria; experimentamos y creemos que el Espíritu Santo de Dios es el Espíritu del Hijo, el Espíritu de filiación: "Si el Espíritu ha venido del Padre por el Hijo, con él podemos ir al Padre por el Hijo...Si en la bajada el Padre nos amaba en el Hijo amado, ahora en el ascenso nosotros le amamos con el Hijo de su amor...El espíritu actualiza en nosotros el amor, que desde siempre el Padre nos tiene en su Hijo" (M. Legido).

2. Presencia histórica del Espíritu

La espiritualidad cristiana no es sino la presencia real, consciente y reflejamente asumida, del Espíritu Santo, del Espíritu de Cristo en la vida real de las personas, de las comunidades y de las instituciones que quieren ser cristianas. Son entonces espirituales no los que hacen muchas prácticas "espirituales", sino los que llenos del Espíritu alcanzan su ímpetu creador y renovador, su superación del pecado y de la muerte, su fuerza de resurrección y de más vida; los que alcanzan la plenitud y libertad de los hijos de Dios, los que inspiran e iluminan a los demás y les hacen vivir más plena y libremente. Pero todo esto, conforme al Espíritu de Jesús, porque la espiritualidad cristiana es esencialmente la espiritualidad de Jesús crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación. Ese Jesús que nació de María por obra del Espíritu Santo y cuya prolongación se perpetuará también por obra del Espíritu Santo sobre quienes hoy son los continuadores de María, la mujer pobre de Nazaret, la mujer del pueblo, cuya espiritualidad se refleja en el **Magnificat**. El Espíritu de Cristo está normado por lo que fue la vida histórica de Jesús, aunque no se agote en ella, y por eso no se puede abandonar la normatividad histórica de Jesús en nombre de un Espíritu desencarnado y deshistorizado. La espiritualidad cristiana es necesariamente una espiritualidad del seguimiento de Jesús.

Esto no obsta para que puedan darse distintas "espiritualidades" dentro de la única espiritualidad cristiana, esto es, modos orgánicos y totalizantes de vivir el Espíritu de Cristo. Varias son las causas que permiten y exigen este pluralismo de espiritualidades. Ante todo, porque no hay una sola forma histórica de expresar y de hacer presente la riqueza de la vida de Dios en Jesús ni el ímpetu renovador y creador del Espíritu de Cristo; no hay hombre alguno, ni comunidad, ni institución, que puedan presumir el haber agotado en una forma histórica, determinada todo lo que es el don del Espíritu, que se nos ha dado en Jesús. En segundo lugar, por la intrínseca historicidad de la espiritualidad cristiana, que necesita acomodarse con cambios muy profundos a los profundos cambios de la historia; es evidente el enriquecimiento histórico de la espiritualidad cristiana en razón de los cambios históricos, de las nuevas demandas de los tiempos y de la consecuente aparición de hombres llenos de Espíritu que lograron una nueva lectura y apropiación de la persona y del mensaje de Jesús. En tercer lugar, por el carácter eclesial de la espiritualidad cristiana, que hace que la Iglesia como pueblo y como cuerpo exija una pluralidad de funciones y comportamientos.

Claro está que no cualquier espiritualidad puede considerarse cristiana por mucho que en ella se aclame y se proclame el nombre de Jesús. Hay criterios de espiritualidad cristiana. Algunos son puramente formales pero significativos: así aquellas espiritualidades que siendo parciales quieren presentarse como totales y excluyentes en la teoría o en la práctica de otros elementos esenciales, quedan descalificadas; es cierto que en el cuerpo de Cristo debe haber ojos y pies, manos y cabeza, y que el ojo no puede decirle al pie que no lo necesita; pero ojos que impiden caminar, autoridades que impiden enseñar, pastores que confunden la administración con el dar vida a las ovejas, espirituales que hacen pasar fácilmente a los ricos por el ojo de la aguja, profetas que rechazan toda institucionalización y jerarquía, etc., no caben dentro del amplio margen de la espiritualidad cristiana. Otros criterios tienen mayor contenido y dicen relación al criterio fundamental del seguimiento del Jesús histórico tal como se nos da en el NT y tal como ha sido vivido por los grandes seguidores de Jesús en la tradición cristiana.

3. La espiritualidad cristiana como don de Dios a los pobres

La espiritualidad cristiana, así entendida, es fundamentalmente un don de Dios Padre, que continúa el don fundamental de sí mismo que fue su Hijo encarnado. Pero el don mismo de Dios Padre nos dice dónde y cómo se recibe preferencialmente ese don. Se recibe en el mundo de los pobres en una praxis que responda eficazmente a la gran tarea de quitar el pecado del mundo, la muerte del mundo, para que el mundo y el hombre tengan más vida. Que los pobres sean lugar preferencial de revelación y de comunión viva del Dios cristiano es algo sobre lo que caben pocas dudas; el ejemplo del propio Hijo, que siendo rico se hizo pobre, y el empeño de todos los grandes reformadores de la Iglesia para retomar la pobreza como elemento desencadenante de la reforma deben servir como prueba. Que, por otra parte, se requiera una praxis liberadora del pecado del mundo, pecado que es el gran obstáculo para que irrumpa históricamente la vida de Dios entre los hombres, el reino de Dios, es también algo esencial a la fe cristiana y es condición indispensable de espiritualidad, porque una espiritualidad que no venga de y no vaya a una praxis liberadora del pecado y de sus consecuencias no respondería a la vida de Jesús. Esta es la gran práctica espiritual, esto es, la vida entera dedicada desde los pobres a que el pecado, negación del Espíritu de vida, desaparezca del mundo para que irrumpa en la historia el reino de Dios, que es un Dios de vida.

Esto no obsta a que sean necesarias prácticas espirituales fundamentales como la oración en todas sus formas y las celebraciones sacramentales. Ya se dijo al principio que lo espiritual no es un mero reflejo necesario y mecánico de una praxis determinada. No todo es pura exterioridad; hay una interioridad en el hombre y en el cristiano que deben ser cultivadas muy expresamente. No hay comunicación plena sin soledad y retiro. Por eso no pueden desdeñarse tampoco otras prácticas ascéticas ni el uso de métodos que faciliten aquel momento de retiro y auto-reflexión que son esenciales en la búsqueda y posesión del Espíritu. Especial cuidado exige el buscar formas y prácticas simbólicas adecuadas que responden al estadio cultural de las grandes masas populares, que necesitan auto-expresar, purificar y desarrollar su gran potencial espiritual.

III. CARACTERISTICAS ESPECIFICAS DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

El problema de los contenidos específicos de la espiritualidad cristiana no es fácil de dilucidar. Pero sí se pueden señalar algunos rasgos que no pueden faltar.

Como presupuesto fundamental de esa espiritualidad debe señalarse lo que Jon Sobrino ha tipificado como honradez y fidelidad a la verdad de lo real. El aprisionar la verdad en la injusticia (Rom 1, 18) es lo que dificulta la revelación y la comunicación de Dios y lo que se constituye en fuente de condenación. Es la injusticia la que aprisiona la verdad de Dios, tal como se nos da en la realidad del mundo y en la realidad de la historia, y es a su vez, una gran injusticia aprisionar esta verdad de Dios, impedir que nos hable e interpele. Desde este presupuesto podemos concretar tres líneas fundamentales por las que debe discurrir la espiritualidad cristiana.

1. La espiritualidad cristiana debe centrarse cristológicamente en torno a la misión, que es el anuncio y la realización del reino de Dios en la historia

Con este principio se subraya el carácter "misional" de la espiritualidad cristiana: es algo que se recibe y se cultiva para ser transmitido; es algo que se actualiza en la praxis apostólica del anuncio y de la realización del reino de Dios. No se puede separar el momento espiritual del momento misional, no se puede separar el momento de la contemplación del momento de la acción, como si los primeros fueran los verdaderamente espirituales y los segundos mero resultado de aquello; como si los primeros fuesen el lugar de encuentro con Dios y los segundos el lugar de encuentro con los hombres. Esto no niega que puedan separarse metódicamente el momento de recogimiento y discernimiento del momento de realización, el momento de soledad interior y el momento de comunicación. Pero no por ello se privilegia el momento de apartamiento sobre el momento de compromiso. La contemplación misma debe ser activa, esto es, orientada a la conversión y a la transformación y la acción debe ser contemplativa, esto es, iluminada, discernida, reflexiva. Las dos grandes fuentes de esta espiritualidad encarnada, cada una con sus respectivas ayudas, son la palabra de Dios en la Escritura y la Tradición y la palabra de Dios en la realidad viva

de la historia y en la vida de los hombres llenos de Espíritu.

Todo ello va dirigido a que el reino de Dios se instaure en la historia. El Dios anunciado por Jesús debe historizarse entre los hombres, hacerse presente y dominante en el mundo de los hombres, para que acabe siendo todo en todo y en todos, sin anular la peculiaridad de las distintas estructuras y la identidad de las personas. No basta, pues, con que la espiritualidad sea misional sino que esa misión debe estar orientada a la implantación del reino de Dios.

Desde este reino de Dios debe entenderse el carácter eclesial de la espiritualidad cristiana, entendida primariamente la Iglesia como pueblo de Dios, congregado en el seguimiento de Jesús. Una Iglesia que se configura conforme a las exigencias del reino de Dios anunciado por Jesús, reino al que no puede sustituir, con el que no se identifica y al que debe subordinarse. Esta eclesialidad habla también del carácter comunitario y exterior, no meramente individualista e interior de la espiritualidad cristiana; las grandes celebraciones y acciones eclesiales no son individualistas, sino que buscan la plenitud personal en el encuentro comunitario, no puramente institucional. La Iglesia como institución no debe ahogar esta espiritualidad del reino impulsada y propiciada por el Espíritu de Cristo, cuya acción eficaz no pasa necesariamente por canales institucionales; al contrario, la Iglesia institucional debe dejarse impregnar por el Espíritu para no dejarse llevar por las presiones sociales de su propia institucionalidad y las presiones mundanas de las otras instituciones entre las que se mueve. Querer sustituir la espiritualidad del reino de Dios por la espiritualidad de la Iglesia institucional es una traición al reino de Dios y a la Iglesia. Querer, por otra parte, hacer una espiritualidad del reino al margen total de la Iglesia institucional acaba en peligros manifiestos para el propio reino de Dios. Es preciso mantener la unidad estructural, que puede tomar características dialécticas, aunque la prioridad está en el reino y no en la Iglesia institucional.

2. La espiritualidad cristiana debe estar orientada según el espíritu del Sermón de la Montaña y especialmente por el espíritu de las Bienaventuranzas

Ciertamente el Sermón de la Montaña y las Bienaventuranzas no expresan toda la riqueza de la vida y del mensaje de

Jesús, pero dan pautas muy específicas, que no pueden ignorarse so pena de abandonar algo esencial a la espiritualidad cristiana. Y esa ignorancia se da con mucha frecuencia, porque esos textos no se escribieron ni para poderes institucionales ni para civilizaciones de la riqueza; y hoy los cristianos, predominantes en la marcha del mundo y de la Iglesia, tienen demasiado que ver con los poderes institucionales y con la civilización de la riqueza. No es que deba buscarse una lectura mecánica del Sermón de la Montaña, como si su letra pudiera sustantivarse y convertirse en ley fija; hay que revivir esa lectura desde el Espíritu y desde la propia situación histórica. Pero el aliento del Espíritu de Cristo, renovador y creador, no conlleva ruptura, olvido ni mistificación de la palabra primigenia y fundante, porque no hay dos Espíritus ni dos Cristos.

Es aquí donde hay que situar ese carácter esencial de la espiritualidad cristiana que es la opción preferencial por los pobres y la lucha por la justicia (Medellín, Puebla). Consternado el cristiano por la abrumadora presencia de una pobreza que es fruto de la desigualdad y de la opresión en el conjunto del mundo; iluminado por la revelación de que la opresión, explotación y represión del hombre por el hombre, de unas clases por otras y de la mayoría de los pueblos por una minoría de ellos, es el gran pecado del mundo; animado por la vida y la palabra de Jesús que ve en el pobre al preferido del Padre, ese cristiano ve como forzoso que su espiritualidad debe configurarse de modo que tenga como elemento esencial suyo la opción preferencial por los pobres, que dado el contexto histórico universal cobra características de una praxis liberadora.

3. La espiritualidad cristiana debe estar cimentada en la fe, orientada por la esperanza y consumada en el amor

La espiritualidad cristiana debe poner vigorosamente en marcha estas tres virtudes, pero no entendidas como virtudes puramente teológicas sino como virtudes estrictamente teologales, esto es, virtudes que ponen en estrecha unidad profundas dimensiones del hombre con la plenitud del Dios trinitario, revelado en Jesús. Sólo en Jesús hemos creído que Dios es Padre, es Hijo y es Espíritu, pero, al mismo tiempo, en Jesús hemos sabido que el hombre es fe, es esperanza y es amor. Fe como aceptación en lo visible de lo trascendente y como aceptación agra-

decida del Dios que se nos da en Jesús; esperanza como lanzamiento y apertura del hombre hacia un futuro por hacerse y como espera de una promesa, hecha definitiva en Jesús, de que el reino vendrá porque de algún modo ya está; amor como respuesta al Dios que nos amó primero y en cuyo amor originario podemos darnos totalmente a los otros en el esquema de una entrega hasta la muerte que trae consigo la plenitud de una nueva vida resucitada. Las tres son virtudes teologales en las que el Dios trinitario se hace presente en lo más hondo del hombre de modo que esa presencia abre lo más profundo del hombre a algo que le engloba y le supera en la mediación de los otros hombres.

De algún modo misterioso, pero al mismo tiempo experienciable, la vida trinitaria de Dios se hace vida del cristiano en esa triple dimensión de la fe, la esperanza y el amor, porque las tres se configuran de manera distinta, según se refieran al Padre, al Hijo o al Espíritu y según se refieran a los hombres y al mundo desde la perspectiva del Padre, del Hijo o del Espíritu. Esa vida trinitaria así asumida es en definitiva la espiritualidad cristiana. una espiritualidad trinitaria y encarnada, porque en definitiva no hay otra espiritualidad ni otra vida divina para el hombre que la que se nos ha dado en la vida, muerte y resurrección del Jesús histórico, cuya vida seguimos porque vivimos en su Espíritu.

